

venerable continente del Abate, que se inclinó como los demás, y todos los ajusticiados llamaron la atención de los espectadores por su resignación al recibir el golpe mortal. Tal fué la muerte de ese pobre octogenario, que vivió solo para honrar á la Religión por medio de sus virtudes, á la humanidad por medio de sus servicios, y cuya vida sencilla, aunque activa, oscura, aunque colmada, fué otra prueba de que un solo sacerdote animado del espíritu de su estado hace mas bien en un solo dia que todos nuestros noveles doctores reunidos, tan ricos en proyectos y tan fecundos en *ideas liberales*.

Mientras el abate Fenelon y muchísimos sacerdotes con él firmaban la fe con su sangre en los patíbulos, otros todavía en mayor número ratificábanla en oscuros calabozos donde la impiedad revolucionaria los habia hacinado, pudiendo contarse á millares estas víctimas consagradas. Referir las privaciones, los ultrajes, los disgustos, las tropelías que padecieron, seria asunto imposible; jamás los presidios de Constantinopla y Tunez presenciaron tales horrores, y apenas los primeros cristianos encerrados en las cuevas de Neron y de Diocleciano pudieran comparar su suerte con las de nuestros modernos Mártires. Basta saber que la impiedad furibunda por no haber podido doblar la entereza de los eclesiásticos y recabar de ellos un juramento sacrilego, dió á sus esbirros la orden satánica de *exacerbar su paciencia*.

Oigamos á uno de estos venerandos Confesores, último que sobrevivió á tantas víctimas¹, quien va á referirnos lo que por sí mismo vió y pasó. La suerte de los sacerdotes fieles de las varias diócesis de Francia, aunque diversa de la de los de Nevers en circunstancias accesorias, fué idéntica en el fondo, viéndose doquiera por un lado la cárcel, la miseria, el oprobio para lo presente y la muerte en perspectiva, y por otro la resignación, una paciencia angelical, la serenidad y hasta el contento. Así el relato particular que vamos á leer puede mirarse como la historia general del Clero católico francés desde el año 1792 al 1795. Los cristianos primitivos oían leer con profundo respecto las actas de los Mártires adquiriendo con ello nuevos bríos; recojámonos, pues, también nosotros para leer estos renglones escritos por un Confesor de la fe sobre las húmedas pajas de la prisión:

¹ Mr. Imbert, arcipreste, conónigo y actual párroco de la catedral de Nevers.—Fallecido en 1841. (*Nota de la quinta edicion*).

«Después de detenidos quince meses, ya en la abadía de Nuestra Señora, ya en el gran Seminario, habilitado para cárcel, supimos se habia dado orden de deportarnos á la Guyana y conducirnos á Nantes para ser embarcados. Los carceleros y los miembros del comité se apresuraron á porfía á arrebatarnos nuestros efectos, y lo poco que se dignaron dejar fué llevado á un bote que nos aguardaba junto al puente.

«Llegó el dia de la partida, 14 de febrero de 1794: acababan de dar las nueve cuando recibimos orden de bajar. Éramos cuarenta y ocho, los treinta y dos mayores de sesenta años: amarráronnos con grilletes de dos en dos, y nos hicieron pasar entre dos filas de guardias nacionales, los cuales vomitaban injurias contra nosotros. «El pueblo, que nos aguardaba en tropel por la calle y en el muelle, no pudo ver sin emoción tantos sacerdotes, la mayor parte encanecidos, cargados de cadenas como unos criminales y conducidos á la muerte por el solo delito de ser eclesiásticos, y muchas lágrimas corrieron en esta ocasión. Cuando yo iba á descender al bote, mi madre quiso verme por la última vez, pero aunque ofreció una buena suma á la mujer del carcelero, no se lo permitieron.

«Hacináronnos en una barca estrecha, en la cual se hallaban ya trece eclesiásticos procedentes de otras cárceles de la ciudad, y condenados cual nosotros á destierro, de modo que éramos sesenta y uno; y después de saludarnos, y de echar una mirada á la ciudad que nos viera nacer, al seminario que nos habia servido de cuna sacerdotal y luego de cárcel, y de dar desde lo mas íntimo del corazón el último adiós á todo lo que nos era querido, completamos nuestro sacrificio y aguardamos en paz el momento de la partida. «Venía cerca de la nuestra otra lancha con diez y seis milicianos encargados de escoltarnos, ó mejor de robar el poco dinero que nos quedaba y hasta nuestro menguadísimo rancho. El cuidado que poníamos en ablandarles, compartiendo con ellos lo poco que nos pasaban cada dia, solo servia para hacerlos mas bárbaros, de suerte que su conducta involuntariamente nos recordaba á los diez leopardos, esto es, á aquellos diez soldados romanos que acompañaron á Roma á san Ignacio de Antioquía, y así nos teníamos por felices en parecernos en algo al ilustre Mártir.

«Por fin levantamos anclás. Estaba el mar picado, y un viento Oeste que cargaba nos impedía ir adelante, con lo que pudimos largo

«tiempo deleitarnos en contemplar los sitios por nosotros tantas veces recorridos y que pocos debíamos volver á ver. Ya desde el instante de la partida, la Providencia veló sobre nosotros de una manera visible, deteniéndonos por medio de un viento contrario, pues á llegar á nuestro destino con tres ó cuatro dias de antelación, todos hubiéramos infaliblemente perecido.

«Cuando llegamos cerca de Orleans, los guardas nos mandaron desembarcar, y su jefe, que no sabia de escribir, me obligó á hacerlo, dictandó él una carta informando al *club de Nevers*, de que la escolta aun no habia hallado ocasion de deshacerse de nosotros, «bien que por lo demás estaba satisfecha de nuestra sumision y docilidad. Es de advertir que si en la travesía no perecimos ahogados, se debió á la probidad de los marineros que se encargaron de nuestra conduccion.

«Para consolarse de no haber aun podido echarnos al mar, los tales guardas repetian á cada momento: «Somos dueños de quitaros de en medio, ya sea degollándoos, ya dándoos á comer á los peces, «y si acaso no podemos hacerlo á bordo, lo harémos en Nantes, «donde no tendréis vuestros protectores (los marineros). Allí será la «algazara. Confiamos sin embargo que no habrá necesidad de ir «tan léjos.» En medio de tales piropos llegamos á Tours, donde se «nos prodigaron mas insultos, lo mismo que en Pont-de-Cé, en cuyo «lugar unos soldados llamados *voluntarios* decian al vernos arribar: «¡Buena comida para engordar á nuestras sabogas!» Pasamos la «noche á pan y agua encerrados en hediondos calabozos; y entre «tanto el populacho, en la persuasion de que íbamos á ser sumergidos, nos gritaba desde las troneras de la prision: «Dadnos vuestros asignados, echádnoslos con todo lo que os sea menos preciso, porque van á anegaros.» Estas amenazas empero no se «realizaron.

«Al salir de Pont-de-Cé, veíamos por momentos flotar en el agua, «ó dispersos en las peñas, cadáveres agarrotados; espectáculo de «funestísimo augurio, que duró desde Bouchemaine hasta Angers, «en cuya poblacion se hacían entonces ejecuciones numerosas. Al «propio tiempo empezamos á ver por la márgen izquierda del Loira «la humareda de las villas y lugares de la Vendea que los ejércitos «republicanos incendiaban.

«Desembarcados en Angers el dia 3 de marzo, en medio de un «populacho furioso, que nos tomaba por vendeanos condenados á

«muerte. Entonces nuestros custodios nos arrancaron los últimos «dineros y asignados que nos quedaban, so pretexto de que era llegada nuestra última hora, jurando devolvénnoslos si volvíamos al «barco, ó entregarlos á nuestras familias si perecíamos; pero nunca mas se habló de ello. Conducidos entre filas al palacio episcopal donde residia el tribunal revolucionario, so capa de registrar-nos nos desnudaron casi del todo; y allí estuvimos aguardando «ocho horas siendo blanco de insolencias y amenazas de toda especie. Uno de los miembros del tribunal decia en nuestra presencia «á otro de los guardas: Necio has sido en traerlos aquí: ¿por qué «no los echabas á pique?...

«Despues de habernos arrebatado la ropa blanca, los pañuelos, «los breviarios, etc., repartiéronnos en tres grupos, y separadamente nos condujeron á los encierros del palacio, donde permanecimos once dias, recibiendo por todo alimento un torrezno de pan «duro y medio vasito de agua por dia, y algunas pajas podridas «por cama; y eso que habia entre nosotros un anciano de ochenta «años y treinta sexagenarios, todos achacosos y enfermos.

«En la noche del 13 de marzo nos sacaron repentinamente, no «para entregarnos á los guardas y marineros de Nevers, que ya «habian desaparecido, sino á otra escolta de cincuenta hombres, la «cual debia conducirnos á Nantes, mandada por un tal Marquet, «que dió orden de aherrojarnos ó mas bien nos aherrojó él mismo «dos á dos, y luego dió á su falange esta voz bárbaramente equivocada: Al río; marchen! y nos arrastraron hácia el puente. Allí «tuvimos desde la una de la noche hasta las siete de la mañana, en «pié ó sentados sobre las rocas, expuestos á la accion de un viento «glacial del Norte, durante cuyo tiempo fueron á sacar de las otras «cárceles de la ciudad quince sacerdotes septuagenarios de Angers, «á quienes metieron en el mismo bote en que íbamos los demás, «con tal angostura que apenas quedaba para cada uno el espacio de «un pié en cuadro.

«Los soldados, situados mas cómodamente en una lancha cañonera, «habian apuntado sus piezas contra la nuestra para echarla al traste, «al menor indicio de que vinieran á salvarnos desde las costas de la «Vendea. Nuestra resignacion en medio de tamañas torturas irritó á «los soldados hasta el extremo de que uno de ellos, saltando á nuestra lancha, con un Crucifijo de marfil que nos habia robado pegó á «muchos en la cara, acompañando esta accion diabólica de furi-

«bundas blasfemias. Á estas violencias procuramos corresponder como el divino Maestro hacia con sus enemigos volviéndoles bien por mal; pues habiendo uno de los soldados caído en el rio, fué sacado tiritando, y al punto uno de nuestros colegas tuvo la caridad de quitarse su casaca y prestársela mientras la suya se secaba. ¿Se ablandó acaso el alma del tal soldado, y lleno de gratitud se apresuró á devolver esta prenda que le salvaba la vida? ¡Vana esperanza! Cuando el sacerdote reclamó al dia siguiente su única casaca, recibió por toda respuesta improperios y una negativa.

«Finalmente el dia 15 llegamos á Nantes, habiendo pasado dos dias desde Angers sin probar bocado, y sin embargo hasta las nueve de la noche nos tuvieron detenidos en el barco, dejándonos fallecer de hambre. Trasladados á aquella hora al puerto de la *Sécherie* para pasar á una galeota que apresaron á los holandeses cuya quilla debia servirnos de cárcel, fué preciso que nuestros pobres viejecitos, extenuados de cansancio y necesidad, subiesen á bordo por una escala de tablas y bajasen al fondo del barco por otra de cuerdas, pero como los mas entecados no tuviesen fuerza para ello, los soldados les pasaron unas maromas por debajo los sobacos, y los dejaron caer como un cofre sin la menor consideracion, de suerte que uno salió con el brazo roto. Antes de esta inhumana operacion, habíanles desnudado de las pocas ropas que conservaban.

«Encerrados ya en las entrañas del buque, en medio de la oscuridad mas profunda, maltratados, extenuados, moribundos, buscamos á tientas un rincon para sentarnos; pero el barco era estrecho, y donde apenas habia lugar para cuarenta personas sanas, debíamos acomodarnos setenta y seis, casi todas enfermas; y en vez de camas y asientos, solo encontramos la quilla y cuerdas alquitranadas. Para mayor desgracia nos vimos rodeados de agua: entonces sí que creíamos llegada nuestra última hora; felizmente esta agua no aumentó durante la noche. Precindiendo de que en tal situacion era imposible tomar reposo alguno, el piquete que habia sobre cubierta se encargó al parecer de impedirlo, pues habiendo cerrado la escotilla, único respiradero por el cual llegaba un poco de aire á nuestra prision, estuvieron casi toda la noche saltando y bailando sobre nuestras cabezas, con afectada energía; y lo que mas nos lastimó fueron las obscenidades é injurias contra nosotros con

que acompañaban su algazara, de suerte que al llegar el dia quedamos admirados de vernos todavía con vida.

«Á pesar de esto un placer inocente, una perfecta serenidad pintada en todos los semblantes hubiera hecho creer que nada padecíamos, si la palidez y el aniquilamiento causados por el hambre no demostraran á las claras lo contrario. Otro piquete, que reveló al de la noche, nos permitió extraer el agua de la cala, y viendo que casi todos nosotros, hasta los de complexion mas ricia, no teníamos fuerza ni energía, nos ayudaron en este penoso trabajo. Habiendo logrado limpiar el local, señalamos puestos, dando los mejores á los enfermos, á quienes los jóvenes y los menos dolientes de buen grado se prestaron á servir; pero no obstante estas múltiples atenciones, en breve padecimos los mas intensos quebrantos. Dos de los ancianos espiraron en nuestros brazos el mismo dia, uno de ellos de inanición, pues hacia tres dias que no habíamos recibido una onza de pan. Á la noche el sueño pudiera servirnos de algun lenitivo, pero ¿quién habia de dormir sin comer en tantos dias? Entonces un nacional entreabrió la escotilla y nos dijo que si le dábamos cinco duros nos proporcionaria pan. Crédulos por hambre, reunimos entre todos la suma, no sin harta dificultad; pero los bergantes solo la emplearon en comprar vino y embriagarse, llenándonos á nosotros de dicterios. Á la madrugada hicieron que subiésemos al puente los dos fallecidos de la víspera, y habiéndose presentado un oficial público para hacerlos trasladar al muelle, los dejaron allá desnudos casi todo el dia, hasta que al cabo los llevaron al cementerio. Lo propio sucedió con muchos otros de los nuestros que fallecieron en la galeota.

«Después de ocho dias de forzado ayuno, presentóse el guarda del buque y nos dió como de limosna un pedazo de carne que reparábamos en setenta y dos porciones, y la devoramos de un solo bocado, uniendo á ella unas migas de pan seco que por casualidad hallamos en las faltriqueras, y unas cortecillas mohosas que enredadas en las cuerdas descubrieron dos de los viejos. Comiéronlas éstos mojadas en agua, pero como habia tantos dias que nada probaban convirtiésoles este manjar en veneno, y murieron presa de los mas violentos dolores.

«Éramos todos unos verdaderos esqueletos; no teníamos otra bebida que el agua del Loira repugnante y tan infecta por la multi-

«tud de personas ahogadas en ella, que la policía había prohibido
«su uso en Nantes; no habíamos disfrutado un solo momento de
«reposo, y á tamaños horrores agregóse el espectáculo mas deplora-
«ble. Cási todos los días llevaban á nuestra vista botes llenos de
«mujeres y niños, algunos de pecho, los que juntos hacíanles su-
«mergir por la noche, y cuyos gritos, penetrando en nuestro en-
«cierro, nos desgarraban las entrañas. El día siguiente veíamos so-
«brenadar en el agua aquellas malhadadas víctimas, y no pocas ve-
«ces la marea alta las hacinaba al lado de nuestra galeota. Eran
«estos infelices procedentes de la Vendea.

«Declarándose con violencia los efectos del hambre, casi todos
«adolecíamos de un flujo disentérico acompañado de cierta calen-
«tura con todos los caracteres de pútrida, sin tener siquiera agua
«caliente para aliviarnos, y como tampoco podíamos mudar de ro-
«pa, agregábase á esto el respirar el mofítico ambiente de un local
«lleno de toda clase de infecciones.

«Por fin el décimo día, despues de porfiadas instancias á las au-
«toridades de Nantes, trajéronnos para cada uno media libra de pan
«malo, y dos onzas de arroz cocido con agua. Mucho era para nues-
«tros estómagos debilitados y compresos; sin embargo aun parecia
«poco, pues cuatro de nosotros pagaron con la vida la especie de
«voracidad con que comieron esta ténue ración. Al ver fallecer tan-
«tos de nosotros, creyeron los nanteses que la peste se había decla-
«rado á bordo, y ya ni el paquete queria acercársenos, ni era posi-
«ble obtener la visita de ningun facultativo, ni remedio alguno; y
«hasta llegaron á prohibir á los vecinos que paseasen por el muelle
«de la *Sécherie*, del cual distábamos doscientos pasos en medio del
«Loira.

«En esto la ingeniosa caridad de algunas buenas almas halló me-
«dio de remitirnos furtivamente en una lancha ochenta camisas, be-
«bidas y comestibles, entre ellos algunos jarabes para atajar la di-
«senteria, y pocos días despues nos proporcionaron por la misma
«via alguna ropa blanca, vestidos, mantas y demás que se consi-
«deró necesario: fueron tambien entregadas diferentes limosnas á
«nuestro carcelero, el cual se alzaba con la mayor parte, y aquello
«poco que nos cedia hacíanoslo pagar con las setenas. Bajó final-
«mente á nuestro calabozo un delegado de sanidad, teniendo aplica-
«do á su nariz un botecillo de vinagre de los *cuatro ladrones*, siendo

«el resultado de su visita no disimularnos que ningun socorro te-
«níamos que esperar. Varios de nosotros agonizaban entre tanto, y
«los demás se hallaban enfermos de gravedad.

«Desde el día 16 de marzo hasta el 18 de abril, perecieron treinta
«y uno de los nuestros (nivernesés), y de los angevinos solo que-
«daba uno, en situacion casi desesperada.»

Á las seis semanas de permanecer en la galeota, los que sobre-
vivieron fueron llevados á Brest, y aun en el tránsito perecieron
seis. Los pocos vivos encerrados en estrecho calabozo aguardaban
la muerte á cada momento, cuando por la caída de Robespierre
mudó la faz de los negocios, pudiendo columbrar alguna esperanza
de volver á sus familias. Volvieron en efecto á ellas, pero con una
multitud de achaques que convirtieron su existencia en un prolongado martirio.

No contenta la impiedad con diezmar á la tribu santa, pensó acabar con el sacerdocio atentando contra su Jefe. Penetran algunos ejércitos en Italia, invaden la ciudad de Roma, y no tardan en apoderarse del venerable pontífice Pio VI. Un desalmado osa penetrar en la morada del Papa que estaba asaz indispuerto, y le notifica que no es ya rey de Roma, pero que la República francesa se digna señalarle una pension. «No lo necesito, responde con dignidad el Vicario de Jesucristo; bástame como pontífice un simple cayado en lugar de báculo, un basto sayal como particular que debo morir sobre ceniza y cubierto de lana. Adoro la mano del Omnipotente que castiga al pastor por las faltas de sus ovejas. Dueños sois de mi cuerpo; pero mi espíritu está fuera de vuestro alcance. Destruid si quereis las habitaciones de los vivos y hasta los sepulcros de los muertos, pero no lograréis acabar con nuestra Religion santa, que subsistirá despues de vos y de mí, conforme subsistió antes de nosotros, y se perpetuará hasta el fin de los siglos.»

La persona á quien Su Santidad dirigió estas nobles palabras era calvinista; al retirarse, mandó á uno de los camarlangos que previniera al Pontífice se aparejase á salir de Roma, y que á las seis de la mañana del día siguiente estuviera pronto para ponerse en camino. Viendo que el funcionario vacilaba en cumplir tan cruel mision, volvió á entrar en la cámara, y por sí mismo notificó su bárbara orden á Pio VI, quien no pudo menos de responder: «Tengo ochenta y un años; de dos meses á esta parte lo he pasado tan mal

«que llegué á la muerte y aun **no** me hallo restablecido; de otra parte, no puedo abandonar á **mi** pueblo ni mis obligaciones, y de consiguiente quiero morir aquí.» El republicano responde con grosería: «Lo mismo moriréis aquí que en otra parte. Si no quereis «partir de buen grado, se emplearán medios que os obliguen.» Apenas volvió lo espalda, el Papa **corrió** á reanimar sus fuerzas al pié del Crucifijo en una estancia **vecina**, y volviendo dijo á sus servidores: «Dios lo quiere, preparémonos á sufrir cuanto su providencia tenga determinado.»

En la noche del 19 al 20 de **febrero** de 1798 fué cuando se presentaron á llevarse del Vaticano. Antes Pio VI quiso oír misa, que se celebró en su misma cámara; pero los militares, trinando por miedo de una conmocion popular, se quejan de la lentitud del celebrante, pues su grande empeño es sacar de Roma al Papa antes que amanezca, y profiriendo nuevas blasfemias, amenazan arrebatarle antes que la misa concluya. Terminada apenas, dos horas antes del día le sacan de sus aposentos, y como por razon de su edad y debilidad, y de la perlesia que hacia en él rápidos progresos, no podia andar muy aprisa, sobre todo al bajar las escaleras, tuvieron la audacia de incitarle con palabras y aun con insinuaciones mas brutales.

Metido, por fin, en una carroza de su servidumbre, lo arrebatan con velocidad. El día 22 llega ya á inmediaciones del lago de Bolsena, por donde divagan errantes algunos sacerdotes franceses disfrazados para mayor seguridad, cuales de mendigos, cuales de militares, con uniformes que unos soldados compasivos les habian dejado. Mientras mudaban los tiros, uno de ellos, escuchando solo los impulsos de la gratitud y de la fe, se acerca al Pontífice, quien, alegre en medio de la desgracia con la santa paz de una alma pura, le reconoce y le dice sonriéndose: «¿De cuándo acá eres soldado? — «Padre santo, todos los somos y lo seremos siempre de Jesucristo y de Pio VI. — ¡Á qué mísero estado os veis reducidos! — En seguimos está nuestra gloria. — ¿Á dónde vais, pues? — ¡Oh Padre santo! la oveja sigue las huellas de su pastor; y si no siempre podemos seguirlos, siempre os acompañarán los votos que elevemos por «vuestra conservacion. — Sí, tened valor y entereza. — ¿Quién lo «duda, Beatísimo Padre? ¿Podemos no tenerla á la vista de tan gran «modelo?»

Poniendo término á estas demostraciones, el carruaje arranca con nueva carrera, y el día 25 llega á Siena, donde el Papa es alojado en el convento de Agustinos hasta el 25 de mayo. Allí disfruta algun respiro, y uno de los sacerdotes que habia dejado en Bolsena, el mismo que tuvo la honra de hablarle, es admitido á su presencia. Manifestando estar inquieto por lo que padece, responde el Papa con san Pablo: Sufro, pero no me abato: *Patior, sed non confundor*. Envidiaba este sacerdote la dicha de Mons. Marotti, que en calidad de secretario de escritos latinos nunca se alejaba del Papa, y comparábale á san Jerónimo que en otro tiempo desempeñara igual cometido cerca del papa Dámaso, tambien perseguido por la fe: «Es «verdad, respondió Pio VI con la humildad mas candorosa, pero «Nos somos un mísero pecador, al paso que Dámaso era un verdadero santo.»

Pretextando temores de terremoto, pero en la realidad para cortar comunicaciones y tal vez una evasion por mar, los recelosos perseguidores del Papa resolvieron trasladarle á un monasterio de Cartujos distante media legua de Florencia. Sabedoras las almas piadosas de que carecia de recursos pecuniarios, y de que sus tiranos le exigian el coste del viaje, ofrecieronle algunas cantidades; generosa dádiva, inspirada por la Religion, que llenó su alma de embeleso, pero mayor fué su satisfaccion en poder prescindir de aceptarla, en cuanto los soberanos de Europa en calidad de tales creyeron por propio decoro deber atender con munificencia á sus necesidades.

Entre los obsequios de esta clase que entonces recibió, hubo uno, que así por relacion al donante como por relacion al objeto donado, formaba un contraste asaz chocante con la bárbara conducta de los revolucionarios para que no le sirviese de algun consuelo: consistió en un cáliz y patena de plata con las armas de Francia al pié por un lado, y por otro una crucecilla, y fuele enviado por el bey de Tunez acompañado de esta carta: «Santísimo Padre, esos inícuos franceses al despojaros de todo, sin duda no os habrán dejado «ni un cáliz: dignaos, pues, aceptar el que estimo como un deber «y como una honra de ofrecerlos¹.» ¿No se hubiera dicho que las

¹ Véase acerca los pormenores y la autenticidad de este hecho la *Historia de Pio VI*, por Baldassari, traducida al francés por el abate Delacouture, página 361.

Á éste, aun podemos añadir otro no menos curioso. Mehemet-Alí, enton-

cenizas de san Cipriano exhalaban entonces un milagroso aroma de catolicismo en las costas de Cartago, y que la Arabia empezaba en las márgenes del Sena?

Alarmado el Directorio por el interés que Pio VI excitaba, y por la irrupción en Italia de las tropas austríacas, dió orden de que lo trajeran á Francia. En esto la enfermedad hacia terribles progresos en su persona, causándole en particular agudos dolores los vejigatorios que fué preciso aplicarle; cuando sin consideracion á su estado los agentes franceses lleváronsele súbitamente de la Cartuja para trasladarle á un meson fuera de Florencia, donde le tuvieron toda la noche hasta su partida á la madrugada. ¡Qué nuevo suplicio no será para el Santo Padre andar todavía cuatro meses de una parte á otra, cruzando ciudades y aldeas agitadas por el frenesí de la revolucion, en las cuales se eleva el árbol infame de la revuelta y la impiedad, cuyos triples colores presentan erguidas casi todas las frentes y cuyas blasfemias repiten inmundas casi todas las bocas! ¡Qué reposo y qué alimentos se le dejarán en malas posadas despues de satisfechos los treinta jinetes y su comandante bajo cuya custodia es conducido!»

En Parma quedó algun tanto consolado por las atenciones que el gobernador francés de la plaza, siguiendo solo las inspiraciones de su corazon, le tributó, recibiendo de Su Santidad una lisonjera expresion de agradecimiento. Decayendo cada dia mas su salud, parecia no habria alma bastante bárbara para llevarle mas léjos, cuando hé aquí que á media noche entra en su cuarto el capitán de la escolta y le da orden de partir dentro de cuatro horas. Esta orden, pronunciada en tono de gran amenaza, era resultado de una falsa alarma sobre estar cerca los austríacos para libertarle; el Pontífice que lo sospechaba alegó su deplorable situacion para oponerse; en la duda se llamó á dos médicos, los cuales obligados por el jefe republicano á levantar las cubiertas de la cama para mirar desnudo aquel venerable cuerpo llagado por los vejigatorios, declararon que Su Santidad corria riesgo de fallecer en medio de la carretera, si de nuevo se le sometia á las fatigas del viaje. Habiendo salido el ofi-

ces virey de Egipto, mandó cortar de una cantera de alabastro, descubierta hace pocos años, cuatro soberbias columnas que ofreció al Sumo Pontífice para contribuir á la restauracion de la basilica de san Pablo, destruida como se sabe por un incendio. ¡Oh profundos designios de Dios! *O altitudo!*

cial por breves instantes, volvió diciendo con voz tiránica: «Es preciso que el Papa salga *muerto ó vivo.*»

En efecto, no bien apunta el dia, pónenle en camino para Turin; y cuando espera terminar su penoso viaje y ser debidamente alojado, ve que le meten en la ciudadela. Entonces alzando la vista y las manos al cielo exclama, adorando la divina voluntad: «¡Iré á donde les plazca!»

Dos dias despues, á las tres de la madrugada se lo llevan á Suze, y á fin de pasar los Alpes, el augusto anciano, que apenas podia entrar y salir del coche con ayuda de peldaño de cuero y correas, es colocado en una especie de silla de manos poco mejor que una parihuela, y seguido de los prelados y demás familiares montados en mulas, es conducido hácia el terrible paso del monte *Ginebra*, marchando por espacio de cuatro horas suspendido sobre estrechos senderos entre una muralla de once piés de nieve y profundísimos barrancos. Unos húsares piemonteses ofrecen sus dormanes de pieles para guarecerle del frio intolerable que aun en verano reina en aquella region elevada; pero como los males de la tierra ya nada podian contra aquella alma celeste, dió las gracias diciendo: «Nada padezco y nada temo, pues la mano del Señor visiblemente me protege en medio de tantos peligros. Ea, valor, hijos míos, queridos míos, pongamos en Dios nuestra confianza.» Poseido de tales sentimientos estaba ya entrando en el suelo de Francia.

Despues de siete horas ó mas de tan cruel travesía, llega á Brianzon hácia la tarde del martes 30 de abril; pero ¡júzguese cuál sería el consuelo y la sorpresa de este gran Pontífice, insensible á los dolores, al ver la poblacion corriendo á su encuentro, llevada de su fe, y prodigarle con santo entusiasmo redobladas pruebas de la mas sincera piedad! Tambien ellos, los primeros, merecieron oír esta exclamacion del Pontífice: *Verdaderamente os digo que no he hallado fe tan grande en Israel*¹.

Colócanle en el hospital en un aposento bastante reducido é incómodo, con prohibicion de asomarse á la sola ventana que habia en él, declarándole que es un rehen de la República. Como iguales rehenes son separados de su lado y llevados á Grenoble casi todos sus domésticos, quedándole solo su confesor el P. Fantini y su fiel ayuda de cámara Morelli, lo cual le causa nuevo sentimiento,

¹ Matth. viii, 10.